
RECENSIONES

Las Edades del Hombre, Remembranza
Zamora 2001, 705 pp.

Me ocupé -e interesé- por las *Edades del Hombre* hace mucho tiempo, durante los cuatro años que duró el proyecto original de J. Velicia (y J. Jiménez Lozano), un proyecto de inversión en patrimonio, "en la raíz incombustible que nos hace nosotros": F. Regueras Grande; "Las Edades del Hombre. Cuadros para ninguna exposición", *Formas plásticas*, 1988, nº 29, pp. 4-7. *Idem*; "Las Edades del Hombre. El hilo de Ariadna", *Formas plásticas*, nº 36, 1989, pp. 49-53. *Idem*; "Las Edades del Hombre III. Hortus Conclusus", *Formas Plásticas*, nº 46, 1991, pp. 5-8. *Idem*, "Las Edades del Hombre IV. El contrapunto y su birrete", *Formas Plásticas*, nº 56, 1994, pp. 30-33.

Le toca ahora el turno a Zamora, un turno en realidad que nunca ha existido hasta la fase reciente (etapa Meléndez) de las *EH*. La idea original, conviene recordarlo, no iba más allá de una propuesta de cuatro exposiciones: iconográfica (Valladolid), bibliográfica (Burgos), una tercera sobre música sacra (León) y por fin, como colofón, otra en Salamanca de contraste entre arte histórico y contemporáneo. Todo debía culminar en un congreso sobre *Fe y Arte* para octubre de 1993. En todos los casos se evitó deliberadamente como vía argumental tanto el reduccionismo de los estilos como el asidero cronológico, ese pedagogismo desnatado que tanto nos aburre en el común de los museos. Se trataba, pues, conscientemente, de un discurso desmuseificado.

El nombre, por otra parte, de *Edades del Hombre* fue un soberbio hallazgo lingüístico preñado de resonancias elliotianas y, no menos seductores, los capítulos que hilvanaban cada una de las muestras, tan ambiguos como cargados de *baraka*, pero siempre sugestivos. En suma, un singular ejercicio de precisión que recuerda aquello que Rilke decía de sí mismo: "era un poeta y odiaba todo lo que no fuese exactitud".

Ahí fue nada, sin embargo -recordaba siempre Pepe Velicia- conseguir la financiación del proyecto. Sólo después de mucha brega Caja Salamanca (hoy Caja Duero) apostó por él.

Luego vinieron las colas, los cientos de miles, millones (sic) de visitantes, los sofocos, la prensa, las fotos, un éxito impredecible. La suerte estaba echada. Desde entonces las *Edades del Hombre* se han escrito con números.

La europuesta de largo en Amberes, (pica en Flandes sí, pero que ya escocía) y el nuevo curso de las cosas que inauguró la exposición de Burgo de Osma -y la muerte de Velicia- resultaron el *tour de force* para que el proyecto original se convirtiese, quizás necesariamente, en otra cosa, una experiencia institucionalizada que acabará teniendo su propio "vaticano" en el monasterio de San Bernardo de Valbuena de Duero.

Y en eso estamos.

Ha cambiado el equipo asesor de la etapa pionera, secretaría y organización que hoy recae en manos de M. Meléndez; ha desaparecido, inexplicablemente, la entidad financiera (Caja Duero) que arriesgó por un proyecto sin garantías de éxito, sustituida, para más inri, por su

principal competidora en la región, Caja España. Aunque permanece el arquitecto montador, P. Puente, resulta curioso que desde Salamanca se prescinda ya en el catálogo de cualquier justificación teórica del montaje. Todo un síntoma ha sido la propia evolución del catálogo que ha pasado de las 361 pp. y 1.800 g. de peso del de Valladolid (1988) al doble en el actual de Zamora con 705 pp. y 3.600 g.: ¿de sabiduría, de improvisación, de negocio?

Respecto al primer punto y, a pesar de que los catálogos de las *EH* han ido perdiendo progresivamente crédito en el denominado ámbito científico, *Remembranza* es obra de consulta obligada (menos en los aspectos arqueológicos que artísticos) en una provincia tan escasa de inventarios y catálogos monumentales donde, al de Gómez Moreno, sólo pueden sumársele en un siglo los de de D. de las Heras, J. Navarro Talegón y J. R. Nieto (estos últimos locales), de calidad muy desigual y todos, menos el primero, manifiestamente mejorables en su aparato gráfico.

En cuanto a la improvisación, no es de recibo que un libro de más de 700 pp. y casi una centena de autores no haya recibido ni una sola corrección de pruebas. Así el acopio de erratas, un cierto caos de citas y bibliografía y lo que es peor, amputaciones textuales que, convierten algunas páginas en francamente ininteligibles (nº 8, p. 69). Y, no disculpa este feo el retraso de ciertos autores en la entrega de originales, disciplina que debe correr a cargo de la propia organización. Una organización, por otra parte, que hasta última hora alteró las piezas que habían de exhibirse, después de redactadas y entregadas las fichas de piezas previstas.

Lamentar, por último, que un infolio como *Remembranza*, auténtico mamotreto por su peso y envergadura no haya sido encuadernado con cubiertas más sólidas para evitar su maltrato, a no ser

que se juzgue que su único destino no va más allá del anaquel.

Y qué decir del negocio, suculencia que olisquea de inmediato buena parte del mundillo que pulula cada año entorno a la magna muestra castellana y leonesa. Porque las *EH* son, desde hace ya mucho tiempo, cifras, índices y porcentajes. Si se recorre con cierto cuidado la prensa provincial de estos meses en que Zamora parece haber perdido la *Z*, se detectan básicamente dos noticias, el número de visitantes que, de no sobrepasar el medio millón, se consideran poco menos que un fracaso, y los visitantes ilustres, reclamos con que cebar el apetito de potenciales turistas. En Zamora, sin embargo, no parece que se vayan a alcanzar las cotas deseadas, salvo prórrogas *ad hoc*. Según *El Norte de Castilla* del 16/X/Ol, plana 20, a mediados de octubre habían visitado la exposición 383.097 personas, casi el doble de habitantes del total de la provincia aunque todavía se desconozca su impacto económico.

Lo que tampoco conocemos bien es si la inversión que, aparte Caja España, realiza la Junta de Castilla y León en cada una de las muestras de las *EH*, es, efectivamente rentable a efectos del patrimonio regional; o, más bien, obra en menoscabo de cualquier otra exposición de entidad, por no hablar del "nirvana" en que duermen nuestros museos provinciales cuyo alarmante nivel de audiencia no preocupa ni a las instituciones que debería. Difícilmente además se puede garantizar la bondad patrimonial de las *EH* en cada diócesis donde se celebran (proclama que se esgrime como uno de los logros de la muestra) a tenor del apresuramiento e improvisación que define, quizás por imperativo político, su funcionamiento interanual.

Precedido por un texto introductorio de José Sánchez Herrero, "*La diócesis de Zamora en su historia*", el libro se orga-

niza en cuatro apartados: la Tierra, el Agua, el Fuego y el Aire, de la mano del poeta zamorano C. Rodríguez, "*cadáver exquisito*" dispuesto a cualquier tipo de batiburrillos sentimentales.

La Tierra, raíces visigóticas de la diócesis (de la que se celebra su XI centenario), se divide a su vez en cuatro capítulos: *Fundamentos*, "*nos hablan de sus primeros latidos*", *Los Santos Patronos*, Atilano y reliquias de San Ildefonso; *Monasterios (Aquellos franceses)*, "*que levantan, sus monasterios de Morerueta y Valparaíso o los primeros obispos de la restauración*" Esteban y Bernardo, *Obispos de la cátedra*.

Inexplicablemente la exposición arranca con un resto de sarcófago altoimperial (que publiqué, en estas mismas páginas hace años) de sabor más pagano que cristiano, y no por los documentos arqueológicos más antiguos del cristianismo en la actual diócesis: los fragmentos de *TSHt* con escenas vetotestamentarias de Daniel entre los leones del siglo v, procedentes de Villanueva de Azoague, o el asa de pátora de bronce con crismón e inscripción en griego incisos, descubierta en Montamarta, ligeramente posterior.

Llama la atención asimismo la ficha nº 3 (*Restos reliquarios de San Pedro de la Nave*) firmada por L. Caballero, principal valedor de la revisión cronológica de esta iglesia, a la que considera "mozárabe" y, que, sin embargo aquí, le reasigna la tradicional datación tardovisigoda (siglos vn-vm) argumentando en sentido contrario en el texto (siglo x). Respecto al Bote califal de Zamora, por el que tanto se ha sudado para que regresase a la catedral de donde tan torpemente salió, resulta una vez más asombrosa la "buena conciencia" y desmemoria de la Iglesia, por encima del, sin duda, resignado comentario (ficha nº 6) de A. Franco.

Pareja sorpresa produce el montaje de este primer ambiente de la muestra en la iglesia de El Carmen de San Isidoro. Difícil sementera esta de "*laspiedras que*

nos fecundan" apenas sin aire para que, no sólo ellas, sino el aturrido visitante pueda resollar entre tanto espesor anticuario.

En la misma iglesia discurren los siguientes apartados del primer capítulo donde únicamente se registra un ejemplo benaventano, la imposición de la casulla a San Ildefonso, tabla de un retablo de San Juan del Mercado, que Casaseca relaciona con la actividad temprana de L. de Ávila, pintor tan importante en esta tierra donde realizó el retablo del Hospital de La Piedad y alguna obra más en dicha iglesia. Elección chocante -por los riesgos que conlleva una operación de esta clase- que se haya ido a buscar en la "vicaría de San Millán", ese Gibraltar eclesiástico (como a veces se le ha llamado) un tema que -si lo que interesa es la iconografía- tanto abunda en la vieja diócesis zamorana.

A destacar, por fin, los dibujos del Alto Renacimiento y Barroco que, procedentes del monasterio de Valparaíso, llevó Carderera a la Academia de San Fernando, donde se custodian.

Segundo capítulo, el Agua, el Duero, pero también el mar: el Oriente y las Indias donde anduvieron zamoranos. Cuatro apartados asimismo: *Cabildos, Iglesias y Conventos, Cofradías y Mar por medio: evangelizadores*, precedidos de un texto de P. Castañeda. En América se destaca la actividad de *Motolinía*, (Fray Toribio de Benavente), Diego de Torres, nacido en Villalpando, fundador de las reducciones del Paraguay, sin olvidar a los toresanos, J. Rodríguez de Fonseca, delegado regio para los asuntos de Indias, y Fray D. de Deza, amigo de Colón y figura clave en la primera organización eclesiástica americana.

En Oriente es de rigor subrayar la obra del agustino P. Manuel Blanco, natural de Navianos de Valverde, *Flora de Filipinas*, impresa mucho después de su muerte (1845).

Pueblo en fiesta, el Fuego, es, sin duda, el capítulo más original de la mues-

tra zamorana y novedad en toda la trayectoria expositiva de las *EH*, que arranca con una *Introducción a las fiestas* de F. Rodríguez Pascual. Desconozco si la idea está inspirada en la propia energía folclórica del territorio y sus manifestaciones anejas de religiosidad popular o, aprovechando que el Duero pasa por Zamora (sede del futuro Museo Etnográfico de Castilla y León), pareció de razón pasear zangarrones, carochos, trajes de vistas y charros, capas de honra y mortajas alistanas, cruces de mayo, niños vestidos, "viriatos" de Fariza, bricios y birrias tabareses, cuadros y varas de ánimas, heminas, celemines y cuartillos, paños de ofrendas y un largo etcétera por el claustro de nuestra catedral. En cualquier caso, un buen acierto.

Introducidos finalmente en la catedral, el Aire y la luz, sobre todo, según enardecido texto liminar de A. Meléndez al que sigue otro introductorio de M. Ruiz Maldonado. Espacio más solemne y rico en obras, se ordena con ritmo escatológico en seis apartados: *La Catedral*, *Fernando Gallego*, *Los Amigos*, *La Madre*, *Pasión y muerte y Resurrección*.

Pero es la propia experiencia de la catedral, (sin arquitecturas efímeras que la fraccionen), la sensación de sus capillas funerarias, de sus rejas y retablos, de su sillería del coro y puertas, absorbido todo por el gran fanal del cimborrio gallonado, el paisaje más esperado y brillante de la muestra.

Novedad de altura ha sido el descubrimiento, durante las obras preparatorias, de dos arcosolios funerarios tabicados en la capilla del Doctor Grado, en uno de los cuales se localizó una bellísima Anunciación tardogótica.

Si el trato que han recibido en exposición y catálogo los retablos de F. Gallego, el incompleto y tantas veces mutilado de Arcenillas y el de San Ildefonso de la capilla funeraria del cardenal Juan de Mella, ha sido el merecido, nada de eso ocurre con el patrimonio fundamental de

la catedral zamorana, su colección de tapices.

Lamenta el visitante (y difícilmente disculpa) que sólo dos de los grandes tapices flamencos del siglo xv, presente del conde de Alba y Aliste a la catedral en 1608, se hayan expuesto en *Remembranza* y apenas sin protagonismo. Lástima haber desperdiciado la mejor oportunidad para que el público no zamorano conociese y reconociese la belleza y trascendencia de estas espléndidas colgaduras. Ahora que además (en edición no venal de Caja Duero) se dispone por fin de la tesis de J. Asselberghs, *Tapices flamencos de la catedral de Zamora*, Salamanca 1999.

FERNANDO REGUERAS GRANDE
